Master Negative Storage Number

OCI00045.03

Elogio histórico en honra y gloria

Madrid

[1893?]

Reel: 45 Title: 3

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCl00045.03

Control Number: ADT-7574
OCLC Number : 29761063
Call Number : W 381.568 H629 v.4 ELOG
Title : Elogio histórico en honra y gloria del bienaventurado San Alejo, hijo del grande Eufemiano, senador romano : obrita útil para promover al glorioso Santo y muy provechosa para las almas cristianas.
Imprint : Madrid : Hernando, [1893?]
Format : 16 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Alexius, Saint.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-28-94
Camera Operator: CS

(DOS PLIEGOS.)

ELOGIO HISTÓRICO

EN HONRA Y GLORIA

DEL BIENAVENTURADO SAN ALEJO

HIJO DEL GRANDE EUFEMIANO, SENADOR ROMANO

Obrita útil para promover al glorioso Santo y muy provechosa para las almas cristianas.

DESPACHOS:

MADRID.
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.

ES PROPIEDAD

Elog

ELOGIO HISTÓRICO

EN HONRA Y GLORIA

DEL

BIENAVENTURADO SAN ALEJO.

Uno de los sucesos de que particularmente puede gloriarse Roma, ciudad grande y suntuosa, cabeza del orbe cristiano, capital del imperio romano, ilustre por sus moradores, famosa por su antigüedad, distinguida por sus insignes héroes, y celebrada por la magnificencia de sus templos, edificios y amenidad de sus campiñas, es el haber sido cuna feliz del gloriosísimo San Alejo, pasmo de la niñez, espejo de casados, ejemplo de vírgenes, portento de solitarios y perfectísimo modelo de todas las virtudes. Justísimamente se puede lisonjear una ciudad tan ilustre, por haber merecido ser la fiel depositaria de tan rico tesoro, pues aunque no hubiera heredado otra gloria que la de haber acogido en su regazo á un héroe tan insigne, esta sola bastaria para granjearse un nombre inmortal, envidiable á otras muchas ciudades y hacerla mas recomendable y distinguida.

Con efecto, basta nombrar á San Alejo para dar al mundo entero una admirable idea de una virtud la más rara y peregrina, de una santidad la más alta y sublime, y de una perfeccion la más grande y heróica. Floreció, pues, San Alejo en esta nobilísima ciudad, siendo Sumo Pontífice Inocencio I, y emperador Honorio, hijo del gran Teodosio. Su padre Eufemiano era uno de los senadores más ricos de la ciudad: su madre Anglas de igual nobleza á la de su esposo, y ambos muy recomendables, no solo por los grandes bienes de fortuna que poseian, sino tambien por la virtud que resplandecia en ellos. La caridad y amor con que miraban á los pobres era tan singular y tan grande que no tenia igual. En su casa se refugiaban y recogian todos ellos, y las limosnas que les daban llegaban á ser tan crecidas, que cada dia alimentaban trescientos ó cuatrocientos á la puerta de su palacio: de modo que podia decirse con verdad que los pobres eran los depositarios de sus rentas y bienes.

Pero ¿qué otra cosa podian esperar estos héroes famosos de aquellas plegarias y oraciones que continuamente dirigian al cielo por el deseo grande que tenian de lograr un sucesor que heredase su rico patrimonio, sino que el Señor premiase sus elevadas virtudes, su celo y caridad, dándoles por hijo á un Alejo? Sí el Dios de las alturas, que oye los gemidos de los atribulados y de los rectos de corazon, segun la espresion del real profeta David, oyó sus ruegos, premió su caridad, remuneró su virtud, y al fin los consoló dándoles un hijo, que con toda propiedad se puede llamar hijo de lágrimas y oraciones. El nacimiento de Alejo, como en otro tiempo el del Bautista, llenó de gozo á toda su casa y á toda su familia. Pasó los primeros años de su niñez en compañía de sus devotos padres, cuyos ejemplos y doctrinas eran igualmente eficaces para grabar en su tierno corazon el amor á todas las virtudes, dando en aquella edad tan delicada las muestras mas grandes de haber sido singularmente escogido de Dios para glorificar su santo nombre y edificar la Iglesia con una vida tan particular y asombrosa.

Los juegos, las diversiones y los pasatiempos pueriles con que los niños se entretienen en la infancia, eran para él objeto de desprecio, al paso que el retiro, la oracion, la mortificacion, el abandono de todos los bienes del mundo y la abstraccion de todo afecto terreno, eran el manjar más sabroso con que saboreaba su gusto. Solícitos y cuidadosos sus padres de cumplir con su obligacion respectiva, le daban las instrucciones y lecciones más sábias para dirigirle por el camino de la virtud.

Con este fin le buscaron maestros doctos y virtuosos, que fuesen tan hábiles en la ciencia de los santos como en las ciencias humanas.

Poco tardaron en hallarlos; y emprendieron estos al instante la educacion de Alejo; como por otra parte era este de un genio dócil y humilde, de una índole apacible y suave y de una viveza penetrante y singular, acompañada de unos modales naturalmente agradables y cortesanos, en pocos años llegó á ser el pasmo y la admiracion de la ciudad y de la córte.

¡Ah! si los padres de estos tiempos fuesen tan solícitos y cuidadosos de sus hijos como lo fueron los de Alejo, ¡qué otros serian estos de los que vemos en nuestros dias infelices! No, no habria tantos hijos desobedientes, insolentes y distraidos: tantos jóvenes libertinos, profanos y escandalosos, que en vez de ser la gloria de sus padres son el oprobio, el vilipendio y la deshonra de la casa. Porque á la verdad, no solo son los predicadores y los ministros del Santuario los que deben cooperar á la reforma de las costubres y de los desórdenes que vemos en el mundo corrompido, sino que tambien incumbe esta obligacion á los padres y madres de familia.

Estos les deben instruir en los dogmas de nuestra santa fé y en la religion que profesamos: con su ejemplo los han de mover á practicar las verdades que le manifestaron, y con su cuidado y solicitud los han

de corregir y castigar siempre que lo consideren necesario. Y en efecto es así; pues no es otra cosa el haberles dado Dios un hijo, que poner en sus manos una masa de cera blanda, dice San Basilio, para imprimir en ellos verdades eternas y buenas costumbres, ó tener en su casa, dice San Juan Crisóstomo, un arbolito tierno para que dé el fruto segun las aguas de la doctrina con que se riegue, y para dirigirle con avisos y correcciones si acaso se tuerce ó ladea: ó, finalmente, prosigue el mismo santo, poner en sus manos un depósito para devolvérsele al Señor cuando le pida. Mas ¡ah! ¡cuán pocos padres hay en el dia que consideren estas verdades tan útiles y necesarias para instruir y dirigir como deben á sus hijos! Esta es la causa de tan malos hijos como vemos en el mundo y de tantos desórdenes como lloramos: mirad, pues, padres incautos, á los padres de Alejo, y avergonzaos; mirad, hijos desobedientes, al hijo del grande Eufemiano, y confundíos; y unos y otros atended á vuestra obligacion si quereis cumplir con vuestros deberes y evitar las maldiciones del cielo.

Al paso que crecia Alejo en edad, crecia tambien en sabiduría, virtud y perfeccion; pero lo que le granjeaba más un nombre grande, y hacia cada dia más santo, era aquella generosa renuncia que hizo desde su juventud de todos los bienes, conveniencias y riquezas que con tanta prodigalidad le ofrecia el mundo

En efecto, luchaban á porfía Alejo y el mundo; este le promete bienes, le ofrece comodidades, le presenta felicidades y pasatiempos; pero Alejo lo desprecia todo, y á imitacion de los Apóstoles lo deja, lo abandona y renuncia, por el grande amor que tiene á Jesucristo, á quien ama con el mayor afecto, á quien busca con el mayor cuidado, y por quien suspira con las mayores ansias.

Pero, ¿y qué diremos de su obediencia? Esta fué tan grande á todos sus superiores, que entendiendo era la voluntad de sus padres se enlazase con santo matrimonio, obedeció prontamente y con el mayor gusto. Por esta razon, como el Señor le tenia destinado para dar al mundo un ejemplo el más portentoso y admirable de perfeccion de estado, se le proporcionó al instante con el más ventajoso acomodo. Sabina, doncella romana no menos ilustre por su calidad y nobleza, que por su virtud y hermosura, es la que ha formado el cielo para coronar las felicidades de aquella ilustre casa, y la misma que eligió Alejo para esposa suya. Con esta contrae el vínculo indisoluble del santo matrimonio. Esta boda magnífica que se celebra con la mayor ostentacion, pone en movimiento á toda Roma: con ella toda la ciudad se regocija: hombres, mujeres, nobles y ricos, grandes y pequeños, y todos á porfía quieren ó pretenden tener parte en tan extraordinaria alegría; todo el palacio, por decirlo así, parece que se hunde con esta fiesta suntuosa, la dulce música de varios instrumentos armónicos que allí se oyen, las ricas colgaduras que cubren las paredes del palacio y los preciosos damascos que adornan sus piezas, no respiran otra cosa que júbilo, alegría, contento y satisfaccion. Pero todas estas comodidades, riquezas y placeres, no serán bantante para entibiar el celo de Alejo, para dis-

minuir el ardor de su caridad, para dividir su corazon en Dios y las criaturas, y para dejar de obedecer á aquel Señor que llama para ejecutar cosas grandes y maravillosas.

No ha estudiado Alejo en la escuela de los mundanos la filosofía de estos sabios presumidos, cuyo sistema es querer hermanar Dios y el mundo, las obras del Señor con la de Behal y la luz con las tinieblas; cuyo objeto no es otra cosa que desear con una sed insaciable las riquezas, los honores y las felicidades de este mundo, aunque sea por unos medios los más vergonzosos y criminales; á cuyo fin, tener una vida relajada, placentera y deliciosa. Alejo ha cursado la ciencia del Evangelio y de los santos, y en ella aprendió que el hombre no debe dividir su corazon entre Dios y las criaturas; que todos los bienes de este mundo no son más que humo que al punto se desvancce, flor que luego se marchita, vanidad de vanidades, segun el Eclesiástico, y basura, estiércol y nada, segun la espresion de San Pablo; por esta razon, todo lo renuncia con la mayor generosidad, todo lo deja con el mayor desinterés, y todo lo abandona con el mayor desprecio.

Las ocupaciones de Alejo, sus anhelos, sus afanes, era el retiro, el estudio y la oracion. Siempre solícito, como otro Samuel, y deseoso de escuchar la voz del Señor que hablaba dentro de su corazon, tomó la gran resolucion de romper inmediatamente los lazos que le podian aprisionar en el mundo; y como el Señor le habia inspirado que dejase hasta su propia mujer, lo ejecutó prontamente y con la mayor fidelidad.

En efecto, cuando la casa de Alejo se regocijaba con la más estraordinaria alegría, celebrando la fiesta de tan magnífica boda, en la primera noche de su desposorio, entró Alejo en el aposento de su esposa; presentóla en aquel mismo instante una sortija y un cintillo de inestimable valor, suplicándola se dignase admitirlo en demostracion del grande amor que la tenia, y pidiéndola licencia para partir á Jerusalen. Creyendo la buena mujer y nueva esposa que iria á visitar la iglesia ó capilla de Jerusalen de Roma, no tuvo reparo en concedérsele; y ved aquí que inmediatamente, y habiéndola dejado intacta por el grande amor que profesaba á la virginidad, virtud que en todo el discurso de su vida apreció infinito, salió como otro Abraham de la casa de sus padres y de su familia, y se fué en derechura á la tierra que el Señor le habia mostrado; luego que se le presentó ocasion trocó sus vestidos ricos con los andrajos de los pobres, y llegando con este disfraz al puerto, pudo componer de entrar en un navío que estaba para partir, y se hizo á la vela para Laodicea. Resolucion generosa, que solo pudo dictar una perfecta obediencia, inspirada de la divina gracia. ¿Qué obstáculos no hubiera podido encontrar nuestro santo para una fuga tan repentina? ¿Qué inconvenientes si hubiera consultado con la carne y con la sangre? Pero Alejo oyó la voz secreta del Señor; y como entendiendo cuál era su voluntad, obedece con la mayor prontitud, y deja su casa y su esposa poniendo toda la confianza en el Señor, gran Dios ¡Y qué confusion para nosotros! Cuántas veces oimos dentro de nuestro cora-

con el eco de una voz divina que nos llama; una voz que nos avisa y nos enseña los caminos que nos deben conducir á la patria celestial, y una voz que nos dice que abandonemos los falsos y perecederos de este mundo, que nos llevan por las sendas de la iniquidad, que no nos dejemos arrastrar de esta maldita codicia y amor desordenado á las riquezas que son el mayor escollo en que se pierden las almas; y con todo, ni la escuchamos, ni la obedecemos, ni seguimos sus caminos.

No lo hizo así nuestro glorioso santo, pues atento siempre á escuchar la voz de Dios, puso todo su cuidado en ejecutar su voluntad santísima y en confiar en los poderosos auxilios de su gracia, que nunca falta á los que cooperan á ella, como no le faltó á Alejo en una peregrinacion tan prodigiosa. Ausente ya y bien distante de su casa, se vió esta en la más lastimosa situacion. Ayer todo era alegría, hoy todo es tristeza; ayer todo aclamaciones de júbilo y contento, hoy todo voces lastimeras, ayes y consternaciones. Pero, ¿quién es la causa de un trastorno tan lastimero? ¡Oh justos juicios de Dios! La fuga de Alejo que para obedecer los altos designios del Señor, causó esta repentina mudanza. Esta misma huida fué la que llenó del más grande dolor y del mayor sentimiento á toda la casa de Eufemiano. Buscándole por toda la ciudad de órden de este, preguntaban por él y se informaban, pero todo fué inútil, todo en vano. Ya estaba Alejo en alta mar cuando todavía le buscaban por toda Roma.

El dolor de que estaban penetrados sus padres cuando perdieron las esperanzas de saber de su hijo, no se puede concebir fácilmente: las lágrimas que derramaban, los suspiros que despedian y los amargos ayes que salian de su boca eran capaces de enternecer los corazones más duros é inflexibles. Su amoroso padre, enajenado y fuera de sí, no perdona las más vivas diligencias para tener algun indicio de su paradero. Su tierna madre, á la manera de la esposa de los cantares, va siguiendo calles y plazas, y atravesando montes y collados, pregunta á unos y á otros: ¿habeis visto, por ventura, á mi querido Alejo, mi hijo querido á quien ama tanto mi alma? Mas sin embargo de todas estas diligencias, no le halla.

Su tierna, su amable esposa Sabina, penetrada del más vivo dolor, de dia y de noche no cesa de prorumpir en unas espresiones las más tiernas y sensibles, en unas esclamaciones las más amargas, y en unas voces las más tristes: ¿dónde está, decia, mi amado Alejo? ¿Qué motivo te he dado para que me hayas dejado? ¿Cómo es posible, decia oprimida de dolor, que me hayas desamparado y te hayas ausentado de mi vista? ¡Oh esposo mio! si no te acomodaba hacer vida conmigo, ¿para qué me tomaste por mujer? ¿En qué te ofendí? Gran Dios, fortaleced mi espíritu, alentad mi alma, pues estoy enferma de dolor. Estas y otras eran las espresiones con que desahogaba su afligido corazon esta esposa desconsolada; pero en medio de estas espresiones amorosas nada logra ni consigue.

Entretanto llegó el santo Alejo á Laodicea; pero temiendo ser conocido en esta ciudad (puesto que era su intento tener una vida retirada

y solitaria), partió á pié para Edesa, provincia de Mesopotamia, en donde estaba la imágen del Rostro de Jesucristo Nuestro Redentor. Aquí fijó su asiento, como muy á propósito para sus ideas virtuosas. Generoso y caritativo, como siempre, repartió al instante entre los pobres lo poco que le habia quedado, dejándose enteramente en las manos de la Providencia.

Como todos le consideraban estranjero por la simplicidad que afectaba y por sus pobres vestidos, cogió una abundante cosecha de insultos, vituperios, desprecios y baldones, sufriendo con paciencia inalterable estos abatimientos por amor de su Divino Maestro Jesucristo, que era lo que tanto deseaba, y el único objeto de su corazon. Mirábanle los vecinos como un holgazan vagamundo, y tanto, que si por consideracion le alargaban una lismona, era con dificultad de muy mala gana.

Los muchachos, á vista de un objeto al parecer tan despreciable, le escarnecian con sus burlas; el vulgo le ultrajaba, y casi todos llegaron á aborrecerle; pero el magnánimo corazon de Alejo, lleno de una santa resignacion y alegría, todo lo sufre con una invencible paciencia para conformarse con la santa voluntad de su Divino Maestro. ¡Ah! si los hombres sufrieran con esta misma resignacion las cruces y las mortificaciones que el misericordioso Señor nos envía para probar nuestra fidelidad; para enseñarnos el camino del cielo y para aumentar nuestro mérito, ¡qué distintos serian nuestros procederes! ¡qué otras nuestras costumbres! Entonces no nos quejaríamos de esas cruces y tribulaciones que tanto nos molestan; antes bien las desearíamos, y bendeciríamos la mano del Señor que nos las envía y con las que nos regala, diciendo con San Agustin: No me perdoneis, Señor, aquí, con tal que me perdoneis eternamente: ó bien con Santa Teresa: Señor, ó padecer ó morir.

Lo cierto es que cualquiera que desee acreditarse de verdadero discípulo de Jesucristo, es preciso que lleve con paciencia y resignacion su cruz; esto es, la cruz de los trabajos y tribulaciones, y que siga sus pisadas, como lo dice el mismo Señor en su Evangelio. Por la tierna devocion que profesaba nuestro insigne Alejo á la gloriosa Madre de Dios, María Santísima, escogió para su residencia una iglesia dedicada á su nombre. Ocupaba algunas horas del dia pidiendo limosna á la puerta de dicha iglesia, y las demás las empleaba en oracion y en descansar un rato allí mismo sobre la dura tierra.

Los trabajos que padeció en este tiempo, y las incomodidades que sufrió, parecen increíbles é insoportables á la humana naturaleza; por esta causa se desfiguró de tal modo, que no era posible conocerle.

Por algunas noticias que corrian de que un mancebo se habia embarcado para el Oriente, continuaban los criados de su casa en buscarle; pero se fatigaban en vano, y tanto, que por un efecto de aquellas maravillas que obra el Señor en sus siervos, teniéndole los criados delante, no le conocen y le dan limosna; y Alejo los conoce y la recibe. Pero, ¡oh gran Dios! ¿Acaso una virtud tan grande y tan heróica, á

una humildad tan profunda ha de estar siempre escondida á los ojos de los hombres? ¿Una luz tan brillante ha de estar eclipsada en medio de tantas tinieblas de error, de incredulidad y de ignorancia? Pero no tardará mucho tiempo en resplandecer este astro luminoso. El Señor, que está empeñado en asaltar á los humildes de corazon, obrará con su poder inmensos prodigios y milagros para ensalzar la virtud y la profundísima humildad de su siervo Alejo.

Con efecto, al cabo de poco tiempo se esparció por toda la ciudad una voz que decia: que el extranjero que pedia limosna á la puerta de la iglesia de la Vírgen, era más de lo que parecia. Desde este mismo instante todos le miraban con respeto, con aprecio y veneracion. Cada uno cuenta lo que ha notado en él. Unos ensalzan su modestia y su dulzura; otros su recogimiento y devocion, y todos su humildad, su resignacion y su paciencia. Pero lo que dió vuelo á su reputacion y aumentó el dolor á su humildad, fué el milagroso testimonio que quiso dar el Señor de su virtud.

Fué el caso que considerando un dia el sacristan de la iglesia de Santa María el constante y contínuo ejercicio de oracion que habia observado en Alejo, oyó una voz que salió, á su parecer, de la imágen de una Vírgen que estaba colocada sobre la puerta de la iglesia, y decia de esta suerte: ese pobre que está constantemente en ese pórtico, es un gran siervo de Dios, y cuyas oraciones pueden mucho con su Divina Majestad. El buen sacerdote que ya de antemano le miraba y veneraba, le hizo varias instancias para que se dignase admitir un aposento de su casa en la que le asistiria con todo lo necesario; pero como no tenia Alejo otras ideas que las de vivir despreciado y desconocido por amor de Jesucristo, nada quiso admitir de regalos y comodidades, contentándose siempre con padecer por el Señor, único objeto de todas sus delicias.

Otro testimonio dió el cielo de su santidad y virtud, que no es menos prodigioso que el primero. Hallando el santo un dia cerrada la puerta de la iglesia, oyó el portero una voz de la misma imágen, que le dijo: abre, y deja entrar al siervo de Dios, cuyas oraciones son tan bien recibidas en el cielo.

Divulgándose por toda la ciudad este prodigio, se vió Alejo precisado á dejarla cuanto antes, temiendo que la pública aclamacion y buena fama no fresen un principio para su humildad, una chispa de vanagloria, capaz de encender en un corazon el fuego de la soberbia; y sin la menor demora se embarcó en el primer navío que se hizo á la vela, con el intento de partir á Laodicea, y desde allí á Tarso.

Pero, ¡oh justos juicios de Dios! Inmediatamente se levantó una furiosa tempestad, y tanto que las olas encrespadas y el mar embravecido llevaron el navío á las costas de Italia, desde donde fueron al puerto de Roma. Conoció el santo por inspiracion del cielo que este era el lugar de su destino, y gozoso con su suerte se sometió en todo á la voluntad de Dios.

Animado entonces de una fé y de una confianza singular, se consi-

deró este fiel israelita en la tierra que se le habia prometido; y tomando la generosa resolucion de volver á casa de sus padres, vista la caridad con que recibian á los pobres, aunque una empresa como esta podia desalentar al hombre más animoso fortalecido con la gracia del Señor, llegó á la puerta del palacio de Eufemiano, su padre, y acercándose á él al tiempo que venia del Senado, le dijo así: Señor, tened piedad de este pobre de Jesucristo, y permitid que se recoja en un rincon de vuestra casa, que Dios os pagará esta caridad. Al oir Eufemiano una súplica tan humilde, se le conmovieron las entrañas y oprimido su tierno corazon con los afectos de una triste memoria, se vió precisado á desahogar su sentimiento con las amargas lágrimas que derramaron sus ojos. Pero como los pobres habian sido siempre el objeto de su amor, enteramente enternecido su pecho, dió órden á uno de sus criados para que le alojasen en el palacio y le diesen de comer todos los dias.

El criado, que miraba como nueva carga la órden que le habia dado su señor, despues de haber injuriado al Santo con las más indignas palabras, le colocó en un aposentillo muy oscuro debajo de la escalera principal; pero lejos de quejarse de los malos tratamientos del criado, dió gracias al Altísimo por verse tan ultrajado en la misma casa de sus padres.

A vista de una paciencia como esta, yo no sé cómo se confunde la altanería y soberbia de los hombres, que á la menor injuria y al más leve contratiempo, luego se quejan y se precipitan en mil desórdenes y venganzas.

Espíritus soberbios y vengativos, desengañaos y estad seguros de que no encontrareis en el reino de los cielos, si, como nos dice el Evangelio, no perdonais de todo corazon á vuestros enemigos.

Mas no paró en eso lo mucho que Alejo tuvo que sufrir en su misma casa. En el espacio de diez y siete años que habitó debajo de la escalera, se puede creer que no fué menos paciente que Job, menos obediente que Abraham, menos humilde que David, menos casto que José, menos abstinente que Elías, menos religioso que Moisés.

Teníanle todos por esclavo fugitivo y por un holgazan y vagabundo; de modo que entre los criados y domésticos era tenido y mirado como objeto de sus pesadísimas burlas. En aquel estado lastimoso calificaban de estupidez su paciencia inalterable; su caridad, de afliccion; su humildad, de simpleza; y su devocion de hipocresía. Dejábanle infinitas veces sin comer, y jamás le daban un triste bocado que no fuese sazonado con un tropel de injurias; pero Alejo, como fiel discípulo del Señor que tanto padeció por los hombres, nunca se veia mas alegre que cuando se veia maltratado por su amor.

No satisfecho todavía el Santo con estos vilipendios, añadia él á estas afrentas las penitencias más duras y las mortificaciones más asperas.

Era su cama la tierra; sus muebles un crucifijo; su ayuno inviolable. y por lo comun de pan y agua y con escasez; su oracion casi contí-

nua, y sus recreaciones visitar la iglesia, donde comulgaba todos los domingos, derramando allí las más dulces y copiosas lágrimas de amor y de ternura, como efecto de aquella fragua encendida de caridad que inflamaba y abrasaba su noble corazon.

Pero ni la dureza de los criados, ni la indiferencia de los domésticos, ni el rigor de sus penitencias era lo que más le mortificaban.

El tormento más terrible, el dolor más escesivo y la pena que sentia más en su corazon, era el tener siempre á la vista á su padre, afligido por la pérdida de su hijo; á su madre inconsolable, y á su fidelísima esposa, que oprimida de un dolor el más vehemente, mil veces al dia pronunciaba el dulce nombre de Alejo.

Esta era para él la pena más insoportable, el tormento más inhumano y el martirio más cruel.

Las tentaciones con que se veia agitado en esta ocasion eran contínuas: las intrigas y enredos que el demonio, enemigo declarado de la virtud, maquinaba para derribar su encumbrada santidad, eran muchísimos; pero su magnánimo corazon jamás se acordaba ni se dejaba arrastrar de estos objetos tan tentadores como falsos; antes bien, animado con una fé la más viva y con una confianza la más grande, todo lo vence, todo lo supera, diciendo con el Apóstol: todo lo puedo con aquel Señor que me conforta.

No menos fuerte que un monte á impulsos de un huracan violento, que una peña á los choques de un mar embravecido, y que un castillo inespugnable á los dardos de los sitiadores, ni se amedrenta, ni se turba, ni menos se inmuta en medio de las mayores tribulaciones, tentaciones y contratiempos del espíritu maligno, que envidioso de su eminente santidad se valió de todas sus artes y de sus artificiosas invenciones para engañarle.

Espíritus apocados, no os acobardeis cuando embestidos de las más atroces tentaciones temeis, y con razon, no seais víctimas infelices de vuestros enemigos: no os acobardeis, vuelvo á decir; pues nunca permite el Señor que seamos tentados más de lo que alcanzan nuestras fuerzas, como nos dicen las Escrituras divinas. Y á más de esto, en medio de nuestras tentaciones no nos faltará su gracia; nosotros sí que faltamos á ella, porque no cooperamos, por nuestra parte, como dice un Santo Padre. ¿Con qué armas pensais vosotros que debeis armaros y fortaleceros para vencer á tantos y tan crueles enemigos? Con las mismas que peleó y venció nuestro Alejo: esto es, con la oracion, el ayuno y la mortificacion. Este género de enemigos, nos dice el mismo Señor, no se puede vencer sino con la oracion, el ayuno. Con estas armas han peleado los más esforzados campeones del cristianismo; con estas peleó Alejo; con estas debemos pelear nosotros si queremos triunfar de tantos enemigos como nos persiguen y rodean.

Así lo acreditó nuestro Santo, especialmente en aquellas batallas terribles que sufrió del espíritu maligno, cuando despues de haber visitado el Santo Sepulcro de Jerusalen, se le apareció tres veces en forma de peregrino que venia de Roma, haciéndole ver cuán mal se habia

portado en huir de su casa, por lo mucho que habia dado en que decir y murmurar á toda la ciudad, de lo que en el dia del juicio daria al Señor estrechísima cuenta; añadiendo que su esposa Sabina, á causa de esta fuga se habia prostituido, y haciendo el más inícuo comercio de su cuerpo, lo regalaba todo para tener más adoradores; en cuyo testimonio le presentó la sortija que él mismo habia entregado la noche de su desposorio. ¡Oh espíritu infernal! ¿Pensabas acaso haber conquistado el magnánimo corazon de Alejo? ¿Imaginabas haber derribado su eminente santidad? Te alucinó tu diabólica fantasía. El conoció tus trampas y falaces proyectos, y esto bastó para destruir tus ideas diabólicas y rebatir tus tentaciones.

Esta fué la victoria que alcanzó Alejo del demonio, por cuyo motivo mereció que el Señor le enviase un ángel, que le manifestó todas sus astucias y le aseguró de la fidelidad de su esposa. En fin, despues de diez y siete años de méritos, y despues de tantas victorias, premió Dios sus heróicas virtudes, avisándole por medio de una revelacion el dia y hora de su muerte, diciéndole que era preciso que en los últimos dias de su vida diese un testimonio público y auténtico de los prodigios y milagros que habia obrado en él la Divina Gracia. Con este fin le proporcionó todos los medios, y Alejo lo ejecutó todo con la mayor sumision y prontitud, escribiendo sucintamente en un papel que pidió por caridad, la prolongada serie de una vida que habia procurado ocultar á los ojos del mundo.

Concluido el papel le cerró y le apretó en su mano, y poniéndose en oracion inmediatamente se apoderó de él las angustias de la muerte; le acometió un sudor frio, é inclinando la cabeza espiró y entró como fiel siervo al goce del Señor. Esta es la muerte de los justos, y esta es la que tuvo Alejo.

Pero no finalizaron los prodigios con su muerte, pues todavía continuaron despues de ella. Con efecto, los ruidosos sonidos de todas las campanas de Roma que al espirar Alejo se tocaron por sí mismas, y las voces que se oyeron por el aire, con que dieron á entender la entrada de nuestro Santo en la patria celestial, no fueron otra cosa que prodigios y milagros estupendos. En la hora en que murió Alejo estaba Eufemiano, su padre, en la iglesia de San Pedro oyendo una misa que celebraba el Papa Inocencio I, en presencia del emperador Honorio; y en aquel mismo instante se oyó una voz que dijo de esta suerte: «Acaba de espirar el siervo de Dios; es grande su poder y ha muerto en casa de Eufemiano.» Al eco de esta voz todos se maravillan y pasman, y entonces Eufemiano, poseido de la mayor admiracion, se acercó al emperador y le dijo: Sí, señor, es cierto lo que esta voz nos anuncia, el Santo que ha fallecido en mi casa no puede ser otro que un pobre extranjero, á quien muchos años há he recogido por caridad en mi palacio.

Acabada la misa, el Papa, el emperador y un crecido número de eclesiasticos, acompañados de innumerable gentío, caminaron en procesion á la casa del senador Eufemiano, y habiendo llegado á ella, atónito Eufemiano se acercó inmediatamente al pobre aposentillo en que descansa-

ba el Santo, y hallándole tendido en el suelo y cubierto el rostro con su pobre capa, al descubrirle salió de él un resplandor como si fuera un ángel.

Observó entonces que tenia una carta en la mano, y queriendo tomarla no lo pudo lograr, porque tenia la mano cerrada y apretada que no bastaban sus fuerzas. Vistas tantas maravillas, pasmado y atónito Eufemiano se fué al emperador, y haciéndole una relacion circuntanciada de todo lo que habia visto, se enterneció y se admiró en estremo. Pero cuanto más crecen estos asombrosos prodigios, tanto más crecia en ellos el deseo de saber lo que contenia la carta, y la verdad de un hecho tan extraño.

Por esta razon pusieron al instante el cuerpo del santo en una sala grande y en una cama bien aderezada; y entrando en ella el Sumo Pontífice y el emperador, se arrodillaron ambos juntos al cuerpo y le pidieron con la mayor humildad la carta; pero no habiendo podido conseguirlo, lo probaron tambien los cardenales y los arzobispos y aun sus mismos padres, pero en vano.

Al fin llegó Sabina, y poniéndose arrodillada delante del cadáver, le dijo así: siervo de Dios, yo te ruego por el Señor que te crió, y por quien has sufrido tantos trabajos, me des ese papel para que podamos saber tu vida.

Entonces Alejo alargó el brazo, abrió la mano y ella tomó la carta. Al instante se la entregó á Accio, el cual era canciller de la Iglesia romana, y en alta voz, y en presencia de todos, leyó de esta manera: *Yo soy Alejo, hijo de Eufemiano, senador de Roma.* ¿Quién podrá esplicar el dolor y el sentimiento de sus padres y de su esposa, cuando vieron que era Alejo el pobre que tuvieron tantos años en su casa? Las quejas amorosas en que prorumpieron sus corazones afligidos; las lágrimas tan amargas que derramaron, y los suspiros tristes que arrojaron, son un testimonio nada equívoco y unas pruebas irrefragables de su pena.

Su padre, enternecido, se arrojó con ímpetu amoroso sobre el cadáver; dos rios de lágrimas salen de sus ojos; pero su afligida madre, movida de los mismos afectos que su esposo, dejadme, decia, dejadme abrazar al que parí para dolor; pues hoy ha muerto toda mi esperanza. Hijo mio, exclamaba, ¿cómo no me dejaste recibir, á lo menos, tus últimos alientos? ¿Es posible que seas tú aquel pobre que todos los dias tenia delante de mis ojos? La amable y desconsolada Sabina, cubierta de luto y tristeza, se acercó con el mayor dolor al santo cuerpo, y como el quebranto de su corazon era tan grande, apenas hallaba espresiones en su boca para poder desahogarse. Toda mi vida, decia, he pasado en llanto y en dolor; como tórtola que ha perdido su compañero amante en gemidos y en triste soledad. Ya se acabó mi vida con la tuya, y con tu corazon llevas el mio! Ya se han frustrado todas mis esperanzas; ya se han desbaratado mis proyectos, y ya se acabó todo para esta triste viuda.

En fin, viendo el Papa y el emperador el dolor excesivo de que es-

taban penetrados sus padres y esposa, se pusieron de por medio para que dejasen el santo cuerpo. Intentaron llevarle á la iglesia, pero fué tanto el concurso de gente que concurrió á este tierno espectáculo, que no fué posible moverlo del sitio en que estaba. Mandó entonces el emperador arrojar algunas monedas de oro y plata, para que ocupada la gente en recogerlas, diesen lugar para llevar el santo cuerpo, pero no hubo uno que hiciese caso, porque pudo más la devocion que la codicia.

Admirados todos y pasmados se complacian en venerar un cuerpo tan penitente, que habia sido morada inseparable del espíritu divino, y compañero de un alma tan pura y gloriosa. Mas no es de extrañar que estuviesen tan maravillados, pues eran tantos los prodigios que el santo cuerpo obraba en su presencia, que los sordos oian, los mudos hablaban, los leprosos quedaban sanos, los ciegos con vista, y hasta los endemoniados quedaban libres. En fin, de la manera que pudieron llevaron el santo cuerpo al templo de San Pedro, donde estuvo siete dias, en los cuales jamás los padres ni esposa de Alejo le desampararon.

Sepultáronle despues de los siete dias en la iglesia de San Bonifacio, en donde por su intercesion ha obrado el Señor muchos prodigios; y si, como dice el real profeta David, es admirable en sus santos, no lo es menos con el bienaventurado San Alejo por su vida tan ejemplar y admirable.

Por esta razon debe el Señor ser honrado y venerado en nuestro santo, por la castidad tan pura y limpia que infundió en su alma, por la obediencia tan grande que le dió para dejarlo y despreciarlo todo, renunciando los placeres y las riquezas de casa; por la pobreza de espíritu con que repartió entre los pobres todo cuanto tenia, y viviendo mendigando tantos años; y finalmente, por la fortaleza y sufrimiento con que le armó para que desconocido y ultrajado de sus mismos criados resistiese á sus crueles asaltos, y triunfase de sí con un género de victoria tan nuevo y tan glorioso.

El mismo Señor sea bendito y glorioso para siempre por lo mucho que ha obrado con sus santos, y especialmente con San Alejo; á nosotros nos dé su gracia para imitar sus virtudes y para que por su intercesion merezcamos gozar la gloria eterna. Poco importa, á la verdad, que nosotros no nos contengamos con ser meros espectadores de la eminente santidad y ajigantada virtud de este héroe insigne, si no procuramos imitar, en cuanto sea posible, sus hechos admirables.

Esto es lo que debemos practicar si queremos esperimentar su gran valimiento y patrocinio en nuestras necesidades y dolencias. Así lo han logrado siempre sus verdaderos devotos.

Testigos es de esta verdad toda Roma; testigos la ciudad de Barcelona y testigo su eminente parroquia de Santa María del Mar, que tiene el honor y la gloria de poseer una apreciable reliquia de un pedacito de hueso de su Santo cuerpo, que vino de Roma con su auténtica en el año 1790, y además de eso tiene en pública veneracion desde el año de 1685 una prodigiosísima imágen del Santo colocada en su propia capilla sub-

terránea debajo de la escalera principal del coro de dicha iglesia en donde son muchísimos los prodigios que ha obrado y obra el Señor por la intercesion de este Santo, en cuyo testimonio se ven pendientes en su capilla infinitas y varias alhajas de plata, en prueba de la gratitud de los fieles que encuentran allí el remedio para todo, y generalmente á nuestras necesidades, así espirituales como temporales.

Profesémosle, pues, una cordial devocion, y esta nos sirvirá mucho para imitar sus virtudes heróicas, y para que le acompañemos despues en el reino de los vivos. Amen.

GOZOS QUE SE CANTAN

AL GLORIOSO SAN ALEJO, CONFESOR.

Alejo, insigne varon,
santo, vírgen y casado,
pues sois de Dios tan amado,
alcanzadnos el perdon.
En la gran Roma nacísteis,
de padres nobles y ricos,
santos, virtuosos, no inícuos:
la madre estéril tuvisteis;
con lágrimas y oracion
fuísteis de Dios alcanzado; etc.
Llegado á bastante edad,
os escogieron esposa,
rica, muy bella y virtuosa,
igual en la calidad:
por divina inspiracion
á ella no habeis llegado; etc.
Padres y esposa dejásteis
la noche del desposorio:
luego que les fué notorio,
que de ellos os apartasteis,
con lágrimas y aflicion
fuisteis por todos buscado; etc.
Lugares Santos y pios
peregrino visitásteis,
todo á pobres lo entregásteis,
como hacen al mar los rios:
habiendo con tanto don
pobre mendigo quedado; etc.
Que sois venerable santo
fué en Edesa revelado;
viendóos con tal honrado,
huis de la honra y su eucanto:
por divina permision
á vuestra casa habeis llegado; etc
En ella sois acogido
como pobre mendigante;
padres y esposa delante
teneis sin ser conocido;
de criados sin razon,
como loco sois tratado; etc.
Diez y siete años vivisteis
debajo de una escalera,
y mucho mejor dijera
que otros tantos morísteis;

venciendo la tentacion
como valiente soldad; etc.
Ya pudiera Dios premiar
al que ha merecido tanto,
el cielo os proponga Santo,
y de Roma tutelar:
de ángeles en procesion
á los cielos sois llevado; etc.
Cubierto con vuestra capa
ven vuestro cuerpo dichoso,
resplandeciente y hermoso,
el emperador y el Papa:
de todos sin escepcion
por Santo sois venerado; etc
De vuestra mano un papel,
que á vuestros padres negásteis,
ni al Pontífice soltásteis,
sino á vuestra esposa fiel:
pasmados de admiracion
los presentes han quedado; etc.
Del modo que os invoca patron
y de todos abogado;
pues sois de Dios tan amado
alcanzadnos el perdon.

℣. Ora pro nobis beate Alexi.
℟. Ut digni efficiamur promisionibus Christi.

OREMUS.

Deus qui nos beati Alexi confesoris tui annua solemnitate letificas, concede propitiu; ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

FIN.